

# La liturgia como ámbito privilegiado para la transmisión de la fe

*José María Oviedo Valencia\**

## DEFINICIÓN DE LITURGIA

Al encargármese este artículo, no pude evitar el que se me pasara por la cabeza una afirmación que escuché en algún momento y que recuerdo hecha con cierta irascibilidad, la cual, por alguna razón especial –quizá por dicho carácter de rotundidad– debió quedármese grabada en la cabeza; dicha afirmación se refería al hecho de que la celebración litúrgica no debía ni confundirse con la catequesis ni convertirse en una catequesis, ya que la celebración de la liturgia debería centrarse en la celebración del misterio.

Si bien esta afirmación tiene parte de verdad, y no podemos convertir la liturgia en un mero espectáculo, guarda en sí, a mi modo de ver, una reducción conceptual, desde el momento en que contempla únicamente la legítima objetividad –que no pongo en duda– de los sacramentos celebrados y que constituyen la Liturgia con mayúscula, pero olvidando la carga simbólica –y no por ello merecedora de menor credibilidad– de la liturgia con minúscula.

---

\* Sacerdote Diocesano de Madrid. Estudiante del Bienio de Liturgia en la Facultad de San Dámaso

La *Liturgia* con mayúscula es definida por el Concilio Vaticano II como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo (SC 7), el Misterio de Cristo:

*«Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt, 18,20).*

*[...] se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro.»*

Pero cuando hablamos de *liturgia* con minúscula, refiriéndonos a nuestras celebraciones, nos estamos refiriendo a la acción cultural tal y como se encuentra en los libros litúrgicos, la celebración concreta de lo que Jesucristo ha hecho tal y como está en las fuentes de que disponemos.

Dichas fuentes pueden ser escritas: bíblicas, patrísticas, teológicas o eucológicas, pero también pueden ser plásticas: como es el caso de las pinturas, de los mosaicos, de diversas estructuras arquitectónicas o de hallazgos arqueológicos; y tanto en un caso como en otro requieren de una interpretación por parte del que las observa, estudia, celebra y vive, debido a que dichas fuentes nos revelan ritos con una gran carga simbólica y cuyo significado y teología profunda a la que remiten, varía mucho dependiendo del tipo de fuente, de sus orígenes, del momento cultural en

que nacen o se consolidan, del lugar que ocupan dentro de la celebración litúrgica, etc.

De tal modo que cada una de nuestras celebraciones litúrgicas, aun siendo cierto que son expresión real y actualizadora del misterio y de la obra salvadora de Cristo, y que por tanto constituyen una *anámnesis* y no una *mímesis*, contienen a través de sus ritos una enorme y profunda carga teológica y espiritual, mediante la cual, y en la cual, se contiene la fe de la Iglesia; tal y como se contiene en el tradicional adagio «*lex orandi lex credendi lex vivendi*», y, por tanto, no se puede celebrar la liturgia de la Iglesia al margen de un conocimiento y una transmisión de dicha fe.

### «LEX ORANDI, LEX CREDENDI, LEX VIVENDI»

Vagaggini<sup>1</sup> ha hecho un estudio sobre el sentido concreto y general de este antiguo adagio. Esta fórmula es una expresión abreviada de un pasaje del *Indiculus de gratia Dei*, documento del siglo V formulado contra los pelagianos y semipelagianos, y compilado probablemente por Próspero de Aquitania, cuyo párrafo completo en el que aparece dice lo siguiente:

*«Consideremos también los sacramentos de las oraciones que hacen los obispos, las cuales, transmitidas por los apóstoles, se recitan de igual modo en todo el mundo y en toda la Iglesia católica, a fin de que el modo obligatorio de orar determine el modo obligatorio de creer (ut legem credendi lex statuat supplicandi). En efecto, cuando los preladados del pueblo santo realizan el mandato que se les ha confiado, sostienen la causa de todo el género humano ante la divina clemencia, y toda la asamblea gimiendo junto a ellos pide y ruega que se dé la fe a los infieles, que los idólatras sean liberados de los errores de su falsa religión, que se descubra*

<sup>1</sup> C. Vagaggini (O.S.B.), *El Sentido Teológico de la Liturgia, Ensayo de Liturgia Teológica General*. Colección BAC Normal 181, Ediciones BAC (Madrid 1965), pp. 493 y ss.

*a los judíos el velo de la fe y la luz espléndida, que los herejes vengan al buen conocimiento y tornen a la fe católica, que los cismáticos reciban el espíritu que reanime su caridad, que a los caídos se les conceda los remedios de la penitencia; finalmente, que los catecúmenos sean conducidos a los sacramentos de la regeneración y sean acogidos en el seno de la misericordia de Dios.» (DH 246.)*

De donde podemos deducir que dicha fórmula es un axioma en el que se realza que la liturgia es fuente de conocimiento teológico. El sentido preciso de la frase *Ut legem credendi lex statuat supplicandi*, en el contexto inmediato del autor, ha sido suficientemente aclarado por Federer<sup>2</sup> en relación a el texto de san Pablo (1 Tim 2, 1-4) y al pensamiento de san Agustín, del que el autor del documento depende mucho.

Este sentido inmediato para el autor de la fórmula significa simplemente: ... a fin de que de la obligación que nos hace el Apóstol (1 Tim 2, 1-4)<sup>3</sup> y a la que satisfacen los obispos en la liturgia, de rogar por todos para que a todos sea dada la gracia (*lex orandi*), aparezca clara también la obligación de creer, contra los pelagianos y semipelagianos, que la gracia es necesaria para todos (*lex credendi*).

Desde el punto de vista católico, el sentido del principio «*lex orandi, lex credendi*» es el de que la oración litúrgica (*lex orandi*) presupone siempre y expresa una cierta enseñanza y una cierta creencia (*lex credendi*). Aun así, aunque en muchos casos la creencia que presupone es la aceptación de los dogmas de la fe divina y católica y en otros muchos casos la hace vivir y la corrobora en los creyentes (*lex vivendi*), sin embargo, en otros,

<sup>2</sup> K. Federer, *Liturgie und Glaube*, «*Legem credendi, lex statuat supplicandi*». *Eine Theologiegeschichtliche Untersuchung* (Friburgo 1950), pp. 123 y ss.

<sup>3</sup> «Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad.» (1Tm 2, 1-4.)

la liturgia todavía precede a la explicación de la fe, siendo dicha liturgia un poderoso factor ocasional para poder llevar a cabo esta explicación.

De modo que ya desde aquí podemos ver clara la relación entre liturgia (*lex orandi*) y catequesis (*lex credendi*), bien para expresar a través de la oración aquello que se cree, bien para a partir de aquello que la Iglesia cree –por haberle sido revelado– poder transmitir a los fieles un modo concreto de rezar que sea pedagogo de la fe que se cree. Sin olvidar finalmente un tercer término (*lex vivendi*) que expresa el efecto y la consecuencia que dicha fe y dicha forma de expresar esa fe tiene en la manera de vivir de aquellos que creen y celebran lo que creen, lugar hacia el cual tiende toda catequesis que se precie de buscar el encarnar la fe en la vida y en el mundo sin evadirse de él.

## LITURGIA Y CATEQUESIS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Es muy interesante el recorrido que J. Rico Pavés<sup>4</sup> hace sobre el testimonio presente en la literatura patrística, pero dicho recorrido lo comienza teniendo en cuenta un estudio de las palabras del propio Jesús en los Evangelios<sup>5</sup>:

El cumplimiento del mandato de Jesús en la última cena «*haced esto en memoria mía*» constituye el acto litúrgico central en torno al cual gira toda la acción sagrada de la Iglesia, y que aparece descrita en el libro de *Los Hechos de los Apóstoles*, en donde podemos encontrar una asamblea congregada por la enseñanza, la fracción del pan y la comunidad de bienes (Hch 2, 42).

La actualización del gesto de la fracción del pan no puede darse sin la enseñanza, y las mismas palabras de Jesús tras el gesto del lavatorio de

<sup>4</sup> J. Rico Pavés, *Liturgia y Catequesis en los Padres de la Iglesia, Apuntes para el estudio*. Teología y Catequesis 80 (Madrid 2001), pp. 39-75.

<sup>5</sup> J. Aldazábal, *La identidad de la liturgia cristiana según el Nuevo Testamento*. Phase 133 (Barcelona 1983), pp. 29-48.

los pies justifican el estrecho lazo que une el signo realizado con la explicación: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?» (Jn 13,12), desen-cadenando un movimiento que unirá ya para siempre el gesto, entendido como acción salvífica de Cristo, y la explicación del sentido, que prepara y acompaña al que se beneficia de él.

El mismo Eunuco de Candace replica al apóstol Felipe con las siguientes palabras: «*Cómo lo voy a entender si no me lo explica alguien?*» (Hch 8,31) antes de ser bautizado por él; cosa que el apóstol hará respondiendo al propio mandato de Jesús:

*«Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado.»* (Mt 28, 19-20.)

Podemos ver en este mandato del Señor, cómo Él mismo une al sacramento la transmisión de su mensaje, de su enseñanza, de nuestra fe.

## LITURGIA Y CATEQUESIS EN LOS SANTOS PADRES

Para estudiar la importancia que la liturgia ha tenido siempre en el seno de la Iglesia Católica, desde sus comienzos, en el ámbito de la transmisión de la fe, podemos remontarnos al testimonio y a la labor pedagógica de los Padres de la Iglesia.

El erudito liturgista A. Triacca decía que «*es imposible estudiar y conocer a los Padres, sin comprender que su acción catequética, como todo su actuar, era para la liturgia y de la liturgia procedía*»<sup>6</sup>, y A. Hamman se lamentaba de algo que todavía podemos notar en la actualidad, la ausencia de algunos puntos fundamentales en la enseñanza y en los

<sup>6</sup> A. M. Triacca, *Liturgia e catechesi nei Padri. Note metodologiche*, Salesianum 41 (1971).

manuales de patrología, sobre todo en lo relativo a la catequesis y a la liturgia<sup>7</sup>.

En el periodo patrístico podemos encontrar los siguientes hechos, resumidos por Rico Pavés<sup>8</sup>, respecto a la relación existente entre la liturgia y la catequesis, según nos lo revelan los escritos de los Padres<sup>9</sup>:

- La liturgia postula la catequesis. La catequesis exige la liturgia.
- La liturgia misma es ya catequesis. Lo es en cuanto ejercicio de la fe y comunicación de vida divina. La misma celebración enseña y su enseñanza capacita para una más fructuosa participación en la celebración.
- La liturgia actúa mediante signos. Los Padres, a través de la catequesis de los signos litúrgicos, llevan a la liturgia.
- La catequesis procura hacer comprender de forma unitaria las diferentes verdades reveladas. La liturgia contiene ya esas verdades unitariamente en cuanto las celebra.
- Cuanto más viva y mejor vivida es la liturgia, tanto más necesita de catequesis. La catequesis acompaña el crecimiento de la persona en su vida cristiana, crecimiento que no se da sin la participación en los misterios sagrados. Por eso, liturgia y catequesis crecen a la par en el cristiano que progresa en su vida de fe.
- La catequesis patrística es, ante todo, explicación de los «misterios» que contiene la liturgia; dirigida a creyentes, no busca pruebas de tipo

<sup>7</sup> A. Hamman, *Pour un'aggiornamento des manuales de patrologie et de patristique*. Studia Patristica 10, Texte und Untersuchungen 107 (Berlín 1970), pp. 96-97.

<sup>8</sup> J. Rico Pavés, *Liturgia y Catequesis en los Padres de la Iglesia...*, pp. 39-75

<sup>9</sup> A. M. Triacca, *Liturgia e catechesi nei Padri...*, pp. 262-266.

apologético, sino que persigue la profundización contemplativa de la revelación; su tono es expositivo, no combativo.

Rico Pavés<sup>10</sup> asume como válida en nuestros días –aunque con algunas modificaciones– la catalogación hecha por C. Vagaggini<sup>11</sup>, en cuanto al género literario de las obras patrísticas litúrgicas, y en el que se puede observar esta clara relación entre liturgia y catequesis, sin la cual la mayoría de las obras carecerían de fundamentación e incluso no habrían existido nunca:

- *Literatura mistagógica o de iniciación*: correspondiente a las catequesis impartidas a los catecúmenos que iban a recibir los sacramentos de la iniciación cristiana –Bautismo, Confirmación y Eucaristía– y que dan cuenta del significado de los diferentes ritos que constituían la liturgia correspondiente a ellos, así como de la eucología empleada, teniendo en cuenta especialmente el contenido del Símbolo de la Fe y del Padre nuestro.

En este apartado podemos encontrar escritos de:

- Tertuliano (s. III) –*De oratione y De baptismo*–.
- Las *Catequesis prebautismales y mistagógicas* de Cirilo de Jerusalén (s. IV).
- Ambrosio de Milán –*Explanatio symboli, De sacramentis y De mysteriis*– (s. IV).
- Las *Homilias catequéticas* de Teodoro de Mopsuestia (s. IV).
- Las *Catequesis bautismales* de san Juan Crisóstomo (s. IV).
- Los sermones de san Agustín (s. III), así como sus escritos *De doctrina christiana, De catechizandis rudibus y De symbolo ad catechumenos*.

<sup>10</sup> J. Rico Pavés, *Liturgia y Catequesis en los Padres de la Iglesia...*, pp. 39-75

<sup>11</sup> Vagaggini, *El sentido teológico de la liturgia...*, pp. 553-558.

- *Tratados explicativos de la liturgia*: a partir del siglo V en continuidad con los escritos del grupo anterior, pero dirigidos ahora no a los catecúmenos sino a los fieles, o incluso a sólo clérigos y monjes. Estos textos recogen no sólo los ritos de la iniciación, sino también las demás partes de la liturgia: consagración de los óleos, ordenación de los obispos, presbíteros y diáconos, penitencia pública, esponsales, consagración de vírgenes, etc.

Aquí podemos encontrar obras como:

- *La Jerarquía celeste y La Jerarquía eclesiástica* del pseudodionisio Areopagita (s. VI).
- *La mistagogía* de Máximo el confesor (s. VI).
- La explicación de la divina liturgia de Nicolás Cabásilas (s. XIV).
- Las obras teológico-litúrgicas de Simeón de Tesalónica (s. XV).
- El *De ecclesiasticis officiis* de Isidoro de Sevilla (s. VII).
- El *Liber cognitione baptismi* de Ildefonso de Toledo (s. VII).
- *Homilias sobre las fiestas litúrgicas*: a lo largo del año litúrgico y destacando las referidas a la Pascua:
  - *Homilias pascuales*, sobre todo la de Melitón de Sardes (s. II).
  - Homilias sobre las fiestas del año litúrgico, a partir del s. IV, entre las que destacan las de Gregorio Nacianceno *Sobre la natividad* y las de Gregorio de Nisa, así como las de san Agustín y las de León Magno.
- *Cartas Pascuales*: de los patriarcas alejandrinos a sus fieles al comienzo de la Cuaresma, destacando las de Anastasio y las de Cirilo.
- *Libros litúrgicos*, caracterizados por la improvisación, la espontaneidad y la libertad creadora:
  - *La Traditio apostólica*, liturgia y normas disciplinares.
  - Los *libelli missarum*, breves formularios de misas para distintas ocasiones.

- Los *ordines* (a partir del siglo VII y VIII), muy breves, contenían las normas litúrgicas para las celebraciones.
- Los *sacramentarios* (en la iglesia latina hasta finales del siglo IX), conteniendo las fórmulas eucológicas de la misa reservadas al celebrante, los ritos de los sacramentos y otras ceremonias religiosas (consagraciones de iglesias, bendiciones, etc.).

En cuanto a las obras más eminentemente catequéticas podemos citar dos fuentes especialmente interesantes por acercarnos a la litúrgica de las primeras comunidades cristianas. La primera de ellas es *La Dicaché o Doctrina de los doce apóstoles* —de carácter moral, litúrgico y catequético—, y la segunda el *Itinerario de Egeria*, consiste éste último en el diario de una mujer del siglo IV en su viaje a Tierra Santa, en el que describe la vida litúrgica y catequética de aquellas comunidades eclesiales por donde pasó. Respecto a este *Itinerario de Egeria*, me parece muy interesante destacar el siguiente texto, referido a la liturgia correspondiente al *Oficio de la mañana*:

*«Al amanecer, por ser domingo, van a la iglesia mayor que hizo Constantino, la cual está en el Gólgota detrás de la Cruz. Como de costumbre, la liturgia de los domingos es igual que en todas partes. Aquí suelen predicar, si quieren, todos los presbíteros que se hallen presentes; después de ellos predica también el obispo. Siempre se tiene predicación los domingos para que el pueblo se instruya constantemente en las Escrituras y en el amor de Dios. Esto lleva mucho tiempo, hasta la despedida en la iglesia, que tiene lugar hacia las horas cuarta o quinta.»*<sup>12</sup>

Después de todo esto podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿qué es antes para los Padres, liturgia o catequesis? Rico Pavés<sup>13</sup> dice:

<sup>12</sup> T. H. Martín-Lunas, *Peregrinación de Egeria, Itinerarios y Guías primitivas a Tierra Santa*. Ediciones Sígueme (Salamanca 1994), p. 64.

<sup>13</sup> J. Rico Pavés, *Liturgia y Catequesis en los Padres de la Iglesia...*, pp. 39-75

*«Para los Padres es posible vivir lo que se celebra sólo si antes se celebra lo que se vive; y sólo se celebra con provecho si antes uno ha sido educado para ello. En este sentido hay una preeminencia lógica y cronológica de la catequesis sobre la liturgia, pero hay una preeminencia vital y ontológica de la liturgia sobre la catequesis.»*

*«El compromiso de los Padres por introducir a los catecúmenos y a los fieles en la liturgia nos lleva a poder definir la catequesis patristica no como una simple predicación sobre los sacramentos y los símbolos litúrgicos, sino como la exposición de los misterios de la fe que la Iglesia celebra para vivirlas y vive para celebrarlas.»*

Y concluye diciendo:

*«Liturgia y Catequesis no son pensadas ni vividas por los Padres como “momentos marginales” del quehacer eclesial sino como dimensiones constitutivas de la única misión de la Iglesia. Liturgia y catequesis se diferencian en la vida de la Iglesia, pero no se pueden entender la una sin la otra, de la misma forma que la Iglesia deja de tener vida cuando éstas desaparecen.»*

## **EL CARÁCTER SIMBÓLICO DE LA LITURGIA**

El lenguaje de los símbolos está profundamente enraizado en la naturaleza humana, en la expresión de sus sentimientos más profundos como son el amor, el odio, la alegría o el dolor. El hombre se comunica con los demás a través de signos y símbolos.

En la historia de la salvación, Dios se ha comunicado con su pueblo en una infinita variedad de símbolos que podemos encontrar en los relatos bíblicos.

Cristo es la suprema manifestación de Dios a los hombres, y Él mismo, a lo largo de su manifestación y de la transmisión de su Buena Noticia

se sumergió en el mundo de los símbolos, realizó signos y milagros, y vinculó la comunicación de su vida —memorial y presencia— a acciones de fuerte contenido simbólico, enraizadas en lo más íntimo de la naturaleza humana: Bautismo, Eucaristía, etc., es decir, en los sacramentos. Hasta el punto de que en el actual tiempo de salvación, las relaciones entre Cristo y su Iglesia se producen a través de la visibilidad de los signos. Los sacramentos hacen visible la comunicación con Cristo y expresan además la multiforme variedad de la gracia de Cristo para el hombre.<sup>14</sup>

Si bien estamos más acostumbrados a reconocer el lenguaje verbal utilizado en la liturgia —lecturas, oraciones, cantos, homilías, etc.—, la celebración litúrgica utiliza una gran cantidad de lenguaje no verbal, compuesto por signos, gestos simbólicos, posturas corporales, así como diversos elementos cósmicos como el agua, el aceite, la luz, el pan y el vino, la ceniza y el incienso, etc.<sup>15</sup>

Así se entiende que en una obra eminentemente teológica como *El Espíritu de la Liturgia*, de J. Ratzinger<sup>16</sup>, nos encontremos con títulos de capítulos como: el espacio y el tiempo, el altar y la orientación de la oración, el arte, las imágenes, la música, el cuerpo y la liturgia, las posturas, los gestos, etc.

A partir del movimiento litúrgico postconciliar, dichos símbolos han sido cuidados y revalorizados, dando importancia a aquellos que más la tienen y purificando o aligerando a las celebraciones litúrgicas de aquellos que se habían potenciado en exceso.

---

<sup>14</sup> J. Castellano, *Liturgia y vida espiritual. Teología, celebración, Experiencia*, Centre de Pastoral Litúrgica (Barcelona 2006).

<sup>15</sup> J. Aldazábal, *Gestos y Símbolos*. Dossiers CPL 40, Centre de Pastoral Litúrgica (Barcelona 2003).

<sup>16</sup> J. Ratzinger, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*. Ediciones Cristiandad (Madrid 2005).

*«Los ritos deben resplandecer con una noble sencillez, ser claros por su brevedad y evitar las repeticiones inútiles. Han de adaptarse a la capacidad de los fieles y, en general, no deben precisar muchas explicaciones.» (SC 34.)*

Por tanto, a la hora de analizar y preparar nuestras celebraciones litúrgicas, así como a la hora de planificar y diseñar nuestros espacios celebrativos, habría que tener en cuenta —y así se ha cuidado desde antiguo— que la mayor parte de los signos utilizados en la liturgia formen parte de un universo simbólico que pudiéramos caracterizar de auto-explicativo, siendo sólo necesario aprender a introducirse en dicho universo simbólico para poder captar el lenguaje de los símbolos que contiene.

La razón de este carácter se basaría primordialmente en el predominio de los *símbolos* en detrimento del uso de los *signos*. La diferencia entre ambos consiste en que mientras el signo y su significado son algo totalmente convencional, la relación entre el símbolo y lo simbolizado es natural, de manera que el símbolo no sólo nos lleva a lo simbolizado sino que lo expresa porque de algún modo lo contiene.

En este contexto, si queremos salvaguardar el carácter pedagógico de nuestras celebraciones litúrgicas, es más adecuada la utilización de los símbolos, pues se trata no sólo de significar realidades, sino de dar sentido a nuestra vida cristiana mediante la celebración de la fe, de la esperanza y del amor, y el símbolo no es mera comunicación, sino expresión y comprensión de algo en sí mismo y de sus circunstancias.<sup>17</sup>

Por ello, el símbolo se convierte en un elemento constitutivo de la liturgia, a la vez que en una herramienta eminentemente catequética mediante la

---

<sup>17</sup> P. F. Rodríguez, *Introducción a la liturgia, Conocer y celebrar*, Ed. San Esteban-Edibesa, Horizonte Dos Mil – Textos y monografías (Salamanca-Madrid 2005).

cual poder acercarnos al misterio, dando así un inconfundible *talante simbólico*<sup>18</sup> a la liturgia.

No obstante, no podemos obviar la existencia de signos en nuestras celebraciones, y el hecho de que muchos de ellos —dada su idiosincrasia original y la antigüedad de sus orígenes— necesitan actualmente de explicación. Incluso también en el caso de los símbolos, puesto que aunque el verdadero símbolo significa algo sin necesidad de explicación, no es fácil sintetizar su realidad simbólica dado su carácter polisémico, y han de ser explicados para poder ser comprendidos y cumplir la finalidad para la cual fueron establecidos en su momento.

Un ejemplo de ello podemos encontrarlo en la misma celebración del bautismo, en cada uno de los ritos que realizamos a lo largo de la celebración, y sobre los cuales expresa su preocupación el documento de la Conferencia Episcopal Española sobre *La iniciación cristiana*<sup>19</sup>:

*«Tanto en la preparación catequética y litúrgica como en la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana, se debe atender no sólo a las condiciones que afectan a la validez sacramental y a la licitud de las acciones litúrgicas, sino igualmente a todo aquello que está relacionado con la expresividad, la verdad y la belleza de los signos, y a la participación consciente, activa y fructuosa de quienes reciben los sacramentos y asisten a la celebración. Téngase en cuenta que la celebración litúrgica contribuye de manera decisiva a la formación de la fe de los fieles, avivando y nutriendo esa misma fe, creando un clima adecuado de comprensión de los textos y de los signos y, sobre todo, ayudándoles a vivir “hoy” el acontecimiento de la salvación.» (IC 53.)*

<sup>18</sup> R. Guardini, «El talante simbólico de la liturgia», *Cuadernos Phase*, 133, febrero 2001 (Obra original: *Los sentidos y el conocimiento religioso*, Madrid 1965).

<sup>19</sup> *La Iniciación Cristiana, Reflexiones y Orientaciones*, LXX Asamblea plenaria de la CEE (27-XI-1998).

## LA VUELTA AL MÉTODO MISTAGÓGICO

Entroncando con lo anteriormente dicho, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, en su número 1075, denomina a esta toma de sentido a través del símbolo utilizado en la liturgia el término «mistagogía»:

*«1075. La catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo (es “mistagogía”), procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los “sacramentos” a los “misterios”.»*  
(CEC 1075.)

Cuando explicamos los signos realizados en la celebración de cada uno de los sacramentos, estamos transmitiendo la fe de la Iglesia en ese sacramento. Cuando, por ejemplo, celebramos el sacramento del Bautismo y llevamos a cabo uno tras otro los diversos ritos que lo componen, y los símbolos con que los expresamos —la señal de la cruz, la unción con el óleo, la inmersión o infusión con el agua, la crismación, la luz, la vestidura blanca, etc.— estamos viviendo en el espacio y en el tiempo dicha fe. Todo ello armonizado por un antiguo principio que dice: *«No hay nada en el entendimiento que no estuviese antes en la sensación»*.<sup>20</sup>

No en vano cada signo sensible realizado en la liturgia va acompañado siempre por una fórmula verbal, que cumple la doble función eucológica y explicativa, constituyendo ambas, materia y forma, el sacramento.

*«1234. El sentido y la gracia del sacramento del Bautismo aparece claramente en los ritos de su celebración. Cuando se participa atentamente en los gestos y las palabras de esta celebración, los fieles se inician en las riquezas que este sacramento significa y realiza en cada nuevo bautizado.»* (CEC 1234.)

<sup>20</sup> R. Guardini, *El talante simbólico de la liturgia...*, p. 21

El término mistagogía, en su terminología cristiana, tiene como origen el último periodo del catecumenado antiguo, llevado a cabo en la primera semana después de la noche de Pascua en la que los catecúmenos habían sido bautizados. Debido al llamado «*secreto del arcano*», la explicación de los ritos de la iniciación cristiana no se les hacía antes de recibirlos sino después, y se denominaban mistagógicas las catequesis recibidas durante esa semana posterior al bautismo, para las cuales se consideraba imprescindible la experiencia vivida en el transcurso de la celebración del sacramento a través de los ritos celebrados en él, a través de las palabras y de los gestos, en el fondo, a través de las sensaciones vividas a lo largo de la celebración.

Veamos un ejemplo de una de estas catequesis mistagógicas impartida por san Ambrosio de Milán acerca del bautismo:

*«¡Examinemos ahora qué es lo que se llama bautismo! Viniste a la fuente, bajaste a ella, dirigiste tu atención hacia el obispo, viste a los levitas y al presbítero en la fuente. ¿Qué es el bautismo? [...] Se te preguntó: “¿CREES EN EL DIOS OMNIPOTENTE?”. Dijiste: “¡CREO!”, y fuiste sumergido, es decir, sepultado. Se te preguntó de nuevo: “CREES EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y EN SU CRUZ?”. Dijiste: “¡CREO!”, y fuiste sumergido. Por esta razón, con Cristo fuiste sepultado. Porque el que es sepultado con Cristo, resucita con Cristo. Por tercera vez fuiste interrogado: “¿CREES TAMBIÉN EN EL ESPÍRITU SANTO?”. Dijiste: “¡CREO!”, y por tercera vez fuiste sumergido, para que la triple confesión absolviese las múltiples caídas de la vida pasada.»<sup>21</sup> De Sacramentis II,16.20*

El documento del Sínodo extraordinario de 1985 habla de la mistagogía como clave de profundización de la participación litúrgica del pueblo de Dios en el presente y en el futuro:

<sup>21</sup> Ambrosio de Milán, «Los Sacramentos», en Ambrosio de Milán, *Explicación del símbolo, los sacramentos, los misterios*. P. Cervera Barranco, Editorial Ciudad Nueva, Biblioteca de Patrística 65 (Madrid 2005)

*«Es evidente que la liturgia debe favorecer y hacer resplandecer el sentido de lo sagrado... Tiene que impregnarse del espíritu de la reverencia, de la adoración y de la gloria de Dios... Las catequesis, como ya sucedía en los inicios de la Iglesia, tienen que volver a ser un camino que introduzca a la vida litúrgica (catequesis mistagógica).»<sup>22</sup>*

Y así lo reiteró el mismo Juan Pablo II en el 40 aniversario de la aprobación de la SC en la carta *Spiritus et Sponsa n. 12*:

*«Ante este anhelo de encuentro con Dios, la liturgia ofrece la respuesta más profunda y eficaz. Lo hace especialmente en la Eucaristía, en la que se nos permite unirnos al sacrificio de Cristo y alimentarnos de su cuerpo y su sangre. Sin embargo, los pastores deben procurar que el sentido del misterio penetre en las conciencias, redescubriendo y practicando el arte «mistagógico», tan apreciado por los Padres de la Iglesia.» (cf. Vicesimus quintus annus, 21.)*

La mistagogía litúrgica comprende tres momentos necesarios para la participación en los misterios litúrgicos<sup>23</sup>:

- *La iniciación catequética o catequesis mistagógica*, a los fieles ya iniciados por el catecumenado o el bautismo. Una catequesis no meramente intelectual, sobre los ritos, las oraciones, las palabras, la complejidad del misterio litúrgico, y el año litúrgico con sus tiempos y celebraciones. Al ser una catequesis *a posteriori* se subraya el que no sea sólo una catequesis doctrinal sino una invitación al «conocimiento global», en la que la alusión a los símbolos preñados de significado implique la profundidad de la «psique» humana.

<sup>22</sup> Relación final, B,b, 1-2.

<sup>23</sup> J. Castellano, *Liturgia y vida espiritual...*, pp. 86-87

- *La misma celebración*, en la que la primacía pertenece a Dios que nos introduce en sus misterios, subrayando así la iniciativa y la gratuidad del don por parte de Dios. El momento mistagógico fundamental es el contacto vivo con el misterio, la experiencia personal y comunitaria de ese don divino. Aquí es Dios quien hace la experiencia y la evoca en nosotros y no al revés.
- *Una lenta asimilación* de los contenidos del misterio, el paso gradual de la liturgia a la vida, la progresiva toma de posesión por parte de Cristo de nuestro ser y de nuestro actuar, en un compromiso reiterado de vivir en conformidad con lo que hemos celebrado. La vida espiritual concreta que se vive en lo cotidiano se desarrolla en el misterio, se realiza a través de otras «mediaciones» sacramentales de la presencia de Cristo en el mundo, en la historia y en los hermanos. La experiencia litúrgica educa para la experiencia cotidiana.

## LA EXPERIENCIA CELEBRATIVA TRANSMISOR DE FE VIVA

Veamos unos ejemplos propuestos por Romano Guardini<sup>24</sup>:

*«Cuando al disponerse a leer el Evangelio, el diácono canta: “Lectio sancti Evangelii secundum...” y el pueblo responde: “Gloria tibi, Domine”, estas palabras se refieren evidentemente al Señor que habla en el Evangelio. Y por ello a este Señor se le rinde, mediante la incensación del libro, el homenaje que merece como Palabra de Dios. Cuando la lectura acaba, se dice: “Laus tibi, Christe”. El Señor mismo es, pues, el que está allí y habla.»*

Guardini pone de manifiesto, con este ejemplo, cómo en este rito de la lectura del evangelio, a través de sus gestos y palabras se puede intuir la presencia viva y actuante de Cristo en ese momento concreto de la litur-

<sup>24</sup> R. Guardini, *El talante simbólico de la liturgia...*, p. 35

gia. Cómo las palabras y los gestos pueden recrear la presencia actual y viva de Dios en que la Iglesia cree en ese momento de la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia.

Pone otro ejemplo referente a la entrada a oscuras en la iglesia del cirio pascual en la noche santa tras haberlo encendido con el fuego bendecido de la hoguera encendida en el exterior, tras haberlo bendecido, siendo acompañado de las palabras «*Luz de Cristo*», y cantando posteriormente sus alabanzas por medio del himno *Exultet*. Cristo está allí y brilla, y pide que su luz sea acogida en nuestros corazones, y lo hace a través de este rito tan expresivo, de tal manera que escapa más allá de la fe en la doctrina para pasar a un universo nuevo de entendimiento en el que todos los sentidos entran a formar parte.

El hermano Jean-Marie de Taizè empieza así su relato del conmovedor comienzo de una Oración en Taizè:

*«Un visitante sobre la colina de Taizè se asombra viendo lo que sucede cuando las campanas empiezan a tocar: una detrás de otra, las muchas actividades se paran y todos los participantes del encuentro, comenzando sobre todo por los jóvenes, se encaminan hacia la iglesia. Durante las semanas más llenas del año la iglesia de la reconciliación acoge tres veces al día entre 4.000 y 6.000 personas para el rezo común. Muchos jóvenes van también con más antelación para encontrar sitio. En las angostas entradas, otros mantienen en las manos carteles con la palabra “silencio” en muchas lenguas, invitando a quien llega a entrar en la calma.*

*Una vez acostumbrado a la penumbra, el visitante ve lejano el altar. El presbiterio está iluminado, circundado por iconos, plantas y numerosas candilejas. La asamblea está orientada hacia el altar, la mayor parte de las personas se han sentado o arrodillado sobre el suelo revestido por una simple moqueta, otras se han sentado sobre los bancos situados a lo largo de los muros. Los hermanos de*

*la comunidad entran uno después del otro, sin llegar a crear una procesión. También ellos se arrodillan en el suelo, en el centro de la iglesia. Como los demás, están orientados hacia el altar. Las campanas paran de tocar y un gran silencio invade la iglesia.*

*Un hermano entona las primeras notas de un canto y enseguida es toda la asamblea la que interviene. Si en un primer momento es el silencio lo que se descubre en la iglesia de Taizé, es el canto de innumerables voces, y sin embargo unidas, lo que caracteriza mejor el rezo mismo...»<sup>25</sup>*

Ante estas realidades surge la siguiente pregunta: en un mundo en que el verbalismo predomina hasta límites insoportables, y en el que el lenguaje visual, musical y sensitivo está cobrando protagonismo a través de los nuevos métodos *multimedia* –casi equiparables al antiguo método mistagógico por su inmediatez vivencial–, hasta el punto de estar copando el universo informativo y pedagógico del hombre, ¿no deberíamos ser más creativos a la hora de actualizar y acercar pastoralmente el mundo teológico-litúrgico al fiel de hoy día? Dado que, además, como hemos visto, la dimensión simbólica es un elemento especialmente cualificado en el ser de la propia liturgia cristiana, ¿no tendríamos que devolverle el protagonismo a la liturgia como medio de transmisión de la fe? Pedro Fernández Rodríguez responde así a esta pregunta:

*«La simbólica litúrgica es una realidad que tiene su historia y ésta no se cambia impunemente, pues la liturgia se entiende en cada época concreta a partir de sus símbolos. En este contexto surge la pregunta ¿cómo introducir nuevos símbolos en el culto sin originar tensiones? Lograr que haya ósmosis entre culto y cultura, que la palabra sea sobria, que el lugar sea significativo, que el tiempo sea proporcionado, de modo que el rito sea expresión verdadera de la*

<sup>25</sup> Frere Jean-Marie di Taizé, *Alle sorgenti della fiducia: la preghiera a Taizé*. Comunicación personal (2004).

*vida real. La danza, el abrazo, el beso son símbolos que abren al otro y si se hacen ritualmente gestan vida nueva y asambleas renovadas. Hay que abrirse con inteligencia y humildad a lo nuevo ubicándolo en lo anterior, para no bloquear el futuro. En la liturgia todo tiene sentido y la belleza no se improvisa. Si la liturgia es también acción del hombre, cuidemos lo que nos ayuda a entrar en la celebración. Es preciso, pues, con sentido histórico, crear símbolos y textos, desde la unción de la fe (no desde las ideologías) y desde la experiencia de la cultura contemporánea.»<sup>26</sup>*

---

<sup>26</sup> P. F. Rodríguez, *Introducción a la liturgia, Conocer y celebrar...*, p. 56.